

## La historia y sus historias

Simón Alberto Consalvi

### III

1949, 1950, 1951 fueron los años de la ingenuidad para los más; de la preparación para afianzarse en el poder y garantizar el control del Estado, los grandes negocios, lo que Mariano Picón Salas llamó "los tratos de la noche ", el dominio del petróleo, para unos cuantos venezolanos y extranjeros. La política del exterminio que comenzó en 1952 con la muerte de Leonardo Ruiz Pineda, aún no había extremado su rigor entre el 49 y el 50. Es también el asesinato el 13 de noviembre de este último año de Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno, el que alerta sobre la guerra a muerte que se propone Pérez Jiménez.

Ramón Velásquez conocía de memoria todas las conspiraciones que llenaban más el anecdotario que la realidad de aquellos días. No había otro tema de conversación que el tema prohibido de la política. No había otro afán que el poder expresar a través de los periódicos un mensaje de rechazo o de repudio. Es el tiempo de las parábolas y de las analogías, el descubrimiento o la búsqueda de un lenguaje propicio. Es el momento en que aparece, editada por José Agustín Catalá en los talleres de **Avila Gráfica**, la revista **Signo**. En sus páginas comenzó a ejercerse un periodismo de metáforas, de paradigmas, de insinuaciones, de doble sentido. Un periodismo, en fin, de claves bien entendidas por todos y, sin duda, también por los censores no necesariamente lerdos de la Dictadura o de los doctores que alumbraban el entendimiento de los coroneles y compartían con ellos los réditos del poder.

Se conspiraba, y además, se escribía.

En la Secretaría General de Acción Democrática, estaba Leonardo Ruiz Pineda, como jefe de la Resistencia. Amigos desde sus tiempos de San Cristóbal, iban y venían los mensajes secretos, los contactos con los militares, la coordinación de acciones entre civiles y universitarios. Junto con esto, vino la revista **Signo**.

### IV

Ramón J. Velásquez, sin firmar sus reportajes, fue el gran artífice de la revista. Creo que **Signo** fue para él una de sus más ricas y más fascinantes experiencias. Una relectura de sus grandes reportajes, los reportajes del "Personaje central" (como se conocían, en el argot), nos permiten reafirmar lo que todos veíamos como objeto y razón de ser de **Signo**. Aguzamiento de la imaginación para saltar la barrera de la censura. Recuento de historias para alertar a la gente. Cuando aparece **Signo** acaba de llegar a Caracas nada más y nada menos que el General Eleazar López Contreras. (Lo entrevisté para **La Esfera** la noche de su llegada y las pocas palabras que me dijo bastaron para que se decretara el silencio para el General en los periódicos). Sin embargo, **Signo** debuta con

López Contreras en la primera plana y Ramón J. Velásquez escribe el reportaje sobre López. Era la intriga más permisible de ese tiempo, el personaje más atractivo y necesariamente, el hombre que en un período que se presumía preelectoral o de reacomodo, podía despertar mayores inquietudes y desvelos entre los coroneles y los doctores de Miraflores.

El General tenía todavía amigos en las Fuerzas Armadas, influencias en la gran oligarquía de Caracas, excelentes relaciones con la Iglesia Católica y confianza entre los inversionistas extranjeros y, en especial, entre los zares del petróleo. No podía haber, por consiguiente, un personaje más incómodo para Pérez Jiménez, aún no bien sentado en la silla del poder. Ramón Velásquez escribe el reportaje con que se inaugura **Signo** (y no nos alarmemos por la mitología de las fechas patrias), el 5 de julio de 1951: **López Contreras, un estilo político**. Es la biografía del General, desde Queniquea y el alistamiento con Castro en el 99 hasta Miraflores y el destierro, el recuento de doble sentido de sus aventuras políticas, de sus caídas y de sus victorias, de su peculiar estilo para superar situaciones. Era en todo caso la figura de un gran venezolano la que se le oponía a las contrafiguras de la situación reinante. Esto dijo entonces, entre tantas cosas, el periodista sobre el General:

-“Al cabo de seis años de destierro, regresó este cauteloso y complicado político venezolano, mezcla de andino y caraqueño, de militar y civil, de seglar y clérigo, de vivo y de ingenuo. Dijo que llegaría en barco y llegó en avión. Anunció su arribo por la mañana del miércoles y llegó el martes a la hora del crepúsculo.

Lo esperaban por el mar y descendió por las nubes” – Cuando le preguntaron los reporteros cómo encontraba al país, comentó:

-“Todo lo mismo. Porque la Avenida Bolívar fue planeada durante mi administración. Y mis amigos siguen siendo mis amigos y mis enemigos siguen siendo mis enemigos” - Y añadió una advertencia para tranquilizar a Miraflores y al Ministerio de la Defensa: “Mis hijas sólo tienen vacaciones hasta el otoño”... En otras palabras, que estaría poco tiempo en Venezuela.

## V

Si ése era el "estilo de López Contreras ", el Maquiavélico que no leía a Maquiavelo (o no lo confesaba), el que seguía a Gracián en cuanto a la "impasibilidad del político", era obvio el papel que se le pretendía asignar al ex Presidente. Ciertamente, el episodio no pasó inadvertido, la lectura entre líneas fue entendida por todos, sin necesidad de criptografías, y en particular, los personeros de la dictadura entendieron lo que significaba o podía significar un personaje como López Contreras en Venezuela. Poco después, el General regresó a los Estados Unidos. No todo seguía igual y pronto iba la situación a empeorar.

Otro prototipo para **Signo**: el gran músico Vicente Emilio Sojo: **El arte de vivir con dignidad**, fue el título de primera plana. Era el elogio de una vida de creación y de modestia y también de rebeldía y de intransigencia. Hablar de dignidad equivalía también a acusar. ¿Quién no lo entendía?

Luego viene **La polémica frustrada**, el enfrentamiento del Embajador del Ecuador en Venezuela, Antonio Parra Velasco, y el doctor Penzini Hernández. Penzini acusaba a Galo Plaza de haber interferido durante su visita a Caracas en la política venezolana. En efecto, la visita del presidente ecuatoriano se había prestado también para un doble lenguaje y la presencia de un presidente democrático molestó de algún modo al círculo de Pérez Jiménez. Las molestias crecieron de tono cuando el gobierno se enteró de que el novelista Alfredo Parejas Diez-Canseco, director de **El Sol** de Quito, había entrevistado a Leonardo Ruiz Pineda, en la clandestinidad. Hubo cruces de cartas, y Parra Velasco, gran Embajador, contribuyó a acentuar las diferencias dentro de una invulnerable discreción diplomática.

Vienen luego otros reportajes, semana tras semana: el personaje y el problema, Julio de Armas y la gran crisis de la Universidad Central. Ramón Díaz Sánchez: **Historia de una ambición**. Acaba de aparecer uno de los grandes libros venezolanos, el **Guzmán**, o mejor los Guzmanes, de Díaz Sánchez, y no había asunto mejor para hablar otra vez de Venezuela y de sus historias que hablar de los Guzmanes, de sus vanaglorias y de sus trapacerías, porque una cosa era el Ilustre Americano que trasladaba el país a Europa, y era intensamente rico, y estos enanos que simplemente comenzaban a ser sólo inmensamente rico.

Como no se podía hablar de Venezuela, se hablaba a través del espejo y ése era el estilo de sus reportajes en **Signo**: Venezuela tenía que mirarse en la corrupción y en las crisis ajenas, puesto que no se podía hablar de la propia. Así: se suicida Eduardo Chibás en La Habana y el mensaje es: **Vivió con vergüenza. Murió sin dinero**. El pronóstico, la cita de un periodista norteamericano: “algo drástico sucederá si el pueblo cubano pierde la paciencia”.

Hay elecciones en Colombia: **Derrota, triunfo y encrucijada del liberalismo**. En Argentina, reina (quizás sin saber que pronto va a morir) Eva Perón: qué mejor personaje para los sarcasmos, qué mejor espejo para reflejar los delirios y los desmanes del poder.

## VI

De una semana a otra, **Signo** se convierte en lectura obligatoria y todo el mundo sabe en la ciudad quién escribe aquéllos excelentes reportajes. En la edición del 20 de septiembre, en la primera plana aparece nada más y nada menos que Juan Vicente Gómez, **Un fenómeno telúrico**. Ramón J. Velásquez había desenterrado un viejo texto del diplomático peruano, José Pareja y Paz Soldán (quien había estado algún tiempo en Venezuela) y con José Agustín Catalá pensó que era atractivo resucitar la figura del viejo caudillo para contraponerla con la situación de esos años y también para recordarle a los venezolanos lo que eran las dictaduras y cómo se comportaban los dictadores. Y cómo los dictadores se apoderaban de los países y de sus riquezas.

Gómez fue ese septiembre el personaje más resaltante de la revista **Signo**. Con la excusa de Paz Soldán, escribe su propia biografía de Gómez, escribe un extenso prólogo con el seudónimo de José Anselmo Coronado, y con el seudónimo de Francisco Sánchez

Roa (no podía encontrar seudónimos más tachirenses), añade al volúmen un apéndice de treinta anécdotas del viejo General. El reportaje de **Signo** es uno de los mejores textos escritos sobre Gómez, desde el campesino que hasta pasados los cuarenta años sólo ha oído hablar y habla de cosechas y de ganados de la frontera colombo-venezolana, hasta el dueño de vidas y de haciendas, instrumento en 1908, de la insurgencia contra el compadre Cipriano Castro, incómodo, atorrante, imprevisible y retórico, enojo de Washington y de la oligarquía. Gómez es el astuto que sabe esperar, no importan humillaciones, no importan burlas de los cortesanos del compadre. El 13 de diciembre Castro se embarca en el "Guadalupe "y desde el primer punto de escala le envía un telegrama: "Mar serena. Buen presagio". De la mano de Leopoldo Batista, Gómez prepara el asalto final y el 19 de diciembre se presenta a la Casa Amarilla para asumir todo el poder hasta el otro, final diciembre de 1935, cuando le entrega su alma al Señor.

Los venezolanos pensaron otra vez con la ingenuidad que había terminado el tiempo de las dictaduras. 1909 es un año casi primaveral mientras en verdad apenas nacía la más larga y brutal de todas las dictaduras. **Signo** fue leída con voracidad. Y dos o tres semanas después la revista se vio precisada a reproducir ese texto. Pocos se habían acercado a Gómez con tanta sagacidad y pocos habían captado la sicología del campesino zamorro que "nunca eleva el tono de la voz y apenas se advierte que está contrariado porque mueve con rapidez maquinal sus poblados bigotes"

Gómez en el poder, lo más rural del mundo, y el petróleo, el factor económico más poderoso y más impredecible, constituyen paradojas de la realidad venezolana que aparecía así: "La aparición del petróleo y su inmediata explotación por parte de los Trusts inglés y americano empieza a complicar la vida del país y a crear problemas de gobierno y administración totalmente desconocidos. La pugna por las concesiones, las intrigas por las modificaciones de leyes, el respectivo aumento en las entradas del lánguido Presupuesto Nacional, el abandono de los campos por parte de los trabajadores que marchan al Zulia atraídos por la leyenda dorada, la aparición de las primeras concentraciones obreras, la imposibilidad de la cultura superior y de obreros calificados, son factores que van modificando a grandes pasos la dormida y casi paralítica vida nacional"

¿Por qué decía Ramón Velásquez todo esto? La historia de las concesiones petroleras, las intrigas nacionales y extranjeras por la modificación de las leyes, por la política de anulación del principio de **No más concesiones**, eso y más volvía a reeditarse bajo la égida de la nueva dictadura que se inició el 24 de noviembre de 1948. Si el petróleo consolidó a Gómez, también lo haría con Pérez Jiménez, en alianza, naturalmente, con quienes no aceptaban un discreto dominio nacional sobre las riquezas naturales. Hablar de Gómez, por consiguiente, era también hablar de todo lo prohibido en estos años 50.

Por todo esto puede decirse que su obra en la revista **Signo** fue notable. Una semana escribía sobre personajes venezolanos (Ignacio Luis Arcaya o Jóvito Villalba y la generación del 28), por ejemplo, y otra semana sobre Cuba, Colombia, Argentina, Bolivia, Ecuador, los insólitos vaivenes de Velasco Ibarra.

Luego de la muerte de Leonardo Ruiz Pineda y del fraude electoral de 1952, el cerco se estrecha y ya no hay (no podrá haber) actividad intelectual posible, ni referencias indirectas a todo lo prohibido. Ya Ramón J. Velásquez había tomado el único camino

posible: el trabajo clandestino, el "Libro Negro" (Venezuela bajo el signo del terror), "libro-mito, leyenda que se salía de la historia común de los libros", como dijo José Vicente Abreu, la relación con Ruiz Pineda, la conspiración. Los años de cárcel en Ciudad Bolívar fueron el desenlace de esta historia, hasta que cae la dictadura.

Figura curiosamente entre quienes recobran la libertad veinticuatro horas después de la fuga del dictador. En la cárcel es uno entre mil. Conversa, lee, dialoga, enseña. Lo han llevado a la cárcel de Guayana acusado nada más y nada menos que de "magnicidio" de pretender tramar contra la vida del dictador, lo cual, de haber sido cierto no hubiera podido calificarse exactamente de magnicidio. Entre sus innumerables compañeros (y cómplices) estaba José Gerbasi, el más pacífico de los venezolanos y, entre sus contertulios el Arzobispo de Ciudad Bolívar, Monseñor Juan José Bernal, quien les daba alguna noticia del mundo de los vivos, apelando a ingeniosas metáforas bíblicas cuando algún domingo iba a decirles misa a los presos. Chepino Gerbasi, entretanto, se comunicaba con un panadero napolitano cantando supuestas óperas en italiano. Estas anécdotas pueden dar una idea del aislamiento en aquella inolvidable y sórdida Cárcel del Orinoco, donde tantos pagamos por tan poco.

Caracas, 1981

© Con segunda intención Reportajes en tiempos de dictadura 1952-1955, Caracas 1990